

SANTA IDA, VIUDA.

EL padre de esta Santa fué un conde muy favorito de Carlo Magno. Este dió á Ida por esposa á otro favorito suyo, llamado Egberto, y la dotó con muchos estados. Este matrimonio fué feliz; pero habiendo muerto Egberto muy jóven, la santa viuda distribuyó las rentas en el alivio de los pobres, y aunque en medio del mundo, escedia en prácticas penitenciales á los mas austeros de los claustros. El fin de su vida fué una penosa enfermedad, durante la cual nunca prorumpió en una sola queja. Habiendo pues resplandecido como una luz brillante en la naciente Iglesia Germánica, pasó al eterno descanso en olor de santidad á principios del siglo IX.

La misa es en honor de Sta. Rosalia, y la oracion la que sigue:

Oyenos, ó Dios, Salvador nuestro; para que así como nos instruimos en el afecto de una piadosa devocion, y libres por alegamos en la festividad de tu su intercesion de los azotes de virgen Sta. Rosalia de Palermo, del mismo modo seamos tu ira. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de los capitulos 10 y 11 de la segunda del apóstol S. Pablo á los Corintios, y la misma que el dia III, pág. 64.

REFLEXIONES.

No el que se recomienda á sí mismo merece ser aprobado, sino aquel á quien Dios recomienda. Ninguna cosa acredita mas el limitado entendimiento de un hombre, y su mucho mas limitado mérito, que el alabarse á sí mismo: vanidad tan grosera, que hace sumamente despreciable al que pretende darse á estimar por ella. La verdadera virtud, y el verdadero mérito aborrecen las alabanzas: no se apacienta de humo, ni de lisonjas forasteras; aliméntase, por decirlo así, de su propio jugo.

Es la vanidad una pasion muy necia: á todos se hace odiosa; pero nunca enfada mas que cuando se disfraza con máscara de piedad, y procura domesticarse con la devocion. El orgullo mas delicado y mas sutil sabe tal vez cubrirse con los andrajos de la humildad; remeda el aire y el tono de esta virtud, se vale y se sustenta de sus privilegios. Ningun vicio hace representar tan-

tos papeles: no hay virtud que deba fiarse de él, y apenas hay otro de quien menos se desconfie. A quien solo tiene la corteza de la virtud, ésta le parece insípida; el orgullo es la sal que la sazona.

Dedicase uno á la virtud con gusto mientras saca de ella algun provecho; por mas que se diga que solo se busca la gloria de Dios, nunca perdemos de vista la nuestra. Aquellas obras de caridad que nos dan mas estimacion, por penosas que sean, esas se nos hacen las mas fáciles; por lo menos esas solas son las que siempre se juzgan indispensables. Mientras la virtud es aplaudida, nada se hace dificultoso en su ejercicio; toda la dificultad está en aquellas virtudes que se practican á oscuras y en secreto. ¡Cosa estraña! aquellos mismos que escriben mejor contra la vanidad, no siempre son los que están mas reñidos con ella. No pocas veces el orgullo pelea contra el orgullo; comunicase este veneno aun á su mismo antídoto; tal vez en el mismo ejercicio de la humildad se esconde la mas fina presuncion.

Dicese que nada se hace ni se pretende hacer por ostentacion; pero al mismo tiempo no disgusta que se vea la buena obra que se hace. Quiérese ocultar (por lo menos así se dice) lo poco bueno que se hace; pero fácilmente se perdona á los que lo publican: la accion fatiga, pero lisonjea; especialmente cuando los muchos que nos buscan acreditan en esto mismo su confianza, y la estimacion que hacen de nosotros. Siéntese no sé qué secreta complacencia de parecer hombre necesario. ¿Será Dios el único objeto, el puro motivo de tantas fatigas? A la verdad parece que se le da la propiedad; pero se reserva el usufructo. Acompaña el orgullo hasta la victoria del orgullo mismo; de todo se mantiene, de todo se sustenta; hasta la misma humildad le sirve de alimento. Háblase de sí mismo con desprecio; pero bien entendido, que las mismas espresiones de abatimiento que se usan, deben reputarse por otro nuevo mérito: por eso no se mira con buenos ojos á los que creen nuestra humilde confesion sin mucha dificultad. La falsa modestia es refinamiento mas subido de la vanidad, la cual quiere crecer aun por medio de la misma virtud que es mas contraria á ella. En una palabra, desean los hombres ser tenidos por humildes, pero sin serlo. Aquellos que verdaderamente lo son, se afligen de que los tengan por tales: *Qui gloriatur, in Domino gloriatur.* El que se gloria, gloríese en el Señor.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo recomendaba á sus discípulos la vigilancia para conseguir el reino de los cielos, habló con la siguiente parábola: Este es semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. De estas, cinco eran necias, y cinco sabias; pero las cinco necias habiendo tomado las lámparas, no previnieron aceite consigo: por el contrario las sabias, juntamente con las lámparas dispusieron aceite en sus vasos. Tardando en venir el esposo, se adormecieron todas, y quedaron dormidas; pero á la media noche se oyó un clamor (que decía): Ved que el esposo viene, salid á recibirle. Entonces se levanta-

ron todas aquellas vírgenes, y acomodaron sus lámparas: las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. No sea caso, respondieron las sabias, que el que tenemos no baste para nosotras y vosotras: id mas bien á los que lo venden, y compradlo para vosotras. Interin fueron á comprarlo, vino el esposo, con quien entraron á la sala de las bodas las que se hallaban dispuestas, y se cerró la puerta. Últimamente vinieron las demás vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos; pero les respondió: En verdad os aseguro, que no os conozco. Velad, pues, porque ignorais el día y hora de mi venida.

MEDITACION.

Del desprecio de las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO. — Considera que apenas hay error mas pernicioso, y con todo eso apenas hay otro mas común, que temer poco las faltas pequeñas, y hacer poco aprecio de las obligaciones menudas. La delicadeza de conciencia en este particular suele reputarse por cierto vano temor de una alma pusilánime; y la escrupulosa puntualidad en cosas pequeñas se tiene por prueba de una capacidad muy limitada. Dicese que un entendimiento despejado pierde de vista estas menudencias, y que la verdadera virtud nunca depende de un cúmulo de menudas observancias que envilecen el ánimo, hacen tedioso, y aun grosero el comercio de la vida, y léjos de fomentar la devoción, la descarnan y la desecan. Sobre este falso principio se da gusto en todo al amor propio, se condesciende con las pasiones, se li-

sonjea á los sentidos, y se huye de toda servidumbre. Esperan las vírgenes al Esposo, pero se descuidan en proveer sus lámparas, porque no piensan que ha de venir tan presto. Despues de todo, no parece muy grave este descuido; pero ¡buen Dios! ¡qué consecuencias no se siguieron de él! No quiso ni aun verlas el Esposo celestial. Dicese que no es cosa de importancia una faltilla, una regla de poca monta, una ligera inspiracion; que no puedè importar mucho el despreciarla. Pero ¡qué! ¿puede haber cosa pequeña en las que se refieren á un Dios tan grande, y cuando se trata no menos que de agradarle ó desagradarle? Desagradar un poco á Dios, ¿será poco respecto de nosotros? No hay cosa pequeña en todo lo que puede contribuir á un negocio tan grande como el de nuestra salvacion, ó nuestra perfeccion. No hay cosa pequeña en todo lo que nos puede hacer ganar ó perder un grado de gloria eterna. No es pequeña cosa ser constantemente fiel en las cosas mas pequeñas. Es prueba de grande amor querer dar gusto en todo á la persona que se ama, y huir de desagradarla en la mas mínima cosa. No querer dar gusto á Dios sino en las materias graves; contentarse con guardar sus mandamientos, es prueba de que se le teme mucho, pero tambien lo es de que se le ama poco. Témesese el infierno con un temor servil, cuando solo se piensa en guardar los mandamientos, y en todo lo demás no se repara en disgustar á Dios á sangre fria. Pero si no hubiera infierno ¿guardarian los mandamientos estos siervos infieles y cobardes? ¡Mi Dios! ¿y cuantos se encontrarán de estos, que solo os temian con un temor servil, cuando quitada la máscara y el disfraz se presenten en vuestro tribunal?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que se engañan enormemente todos aquellos que piensan guardarán todo lo que es esencial para la salvacion, aunque hagan poco caso de otras menudencias: *El que es infiel en las cosas pequeñas, tambien lo será en las grandes*, dice el oráculo de la verdad, el mismo Jesucristo. Tú dices, que aunque seas poco observante y poco exacto, no faltarás á lo esencial: Jesucristo dice lo contrario. Una fluxion, por ligera que sea, si es continua, debilita la vista. Cuando habitualmente se cometen muchas faltas ligeras, es de temer que se pase sin reparo por encima de muchas graves. Los mas furiosos incendios muchas veces tienen principio en una chispa, en una pavesa que se despreció, y no se apagó. *Al mas robusto edificio*, dice el Sabio, *echa en tierra una gotera*, si no se remedia á tiempo: va el agua poco á poco pudriendo las maderas,

comunicase á las paredes, cálese hasta los cimientos, ablándalos, socávalos, remuévelos, y da en tierra el edificio.

Saul, estrechado al parecer por la necesidad, no espera á que llegue Samuel para ofrecer el sacrificio: falta en la apariencia ligera, y que en las circunstancias parecia muy excusable: sin embargo, mudó el corazón de Dios respecto de Saul, y fué el principio de su reprobación. ¿Qué consecuencias tan funestas tuvo una curiosidad inconsiderada de David? Los hurtillos, y la poca fidelidad de Judas en intereses de no mucha importancia fueron fomentando su avaricia, hasta que al fin vino á vender á su Maestro, y á aborcerse él mismo confuso y desesperado. Mi falta, dices, fué en una friolera: por lo mismo te costaba menos el ser fiel: por lo mismo eres mas culpado en no haberlo sido. La dificultad de las cosas que se nos mandan puede servir de pretexto á nuestra flaqueza; pero cuando son fáciles, ¿qué excusa podemos alegar? *Aunque el profeta decían los criados á su amo Naaman os hubiera ordenado una cosa muy ardua, debierais ponerla en ejecucion, por amor á vuestra salud; pero siendo tan fácil la que os prescribió, como bañaros siete veces en el Jordan, ¿no seria grande imprudencia omitirla?* Ciertamente, despues de tanto como Jesucristo hizo y padeció por nosotros, aunque nos mandára las cosas mas grandes y mas dificultosas, ¿podriamos negarnos á ejecutarlas sin incurrir en la mas torpe ingratitud? Con todo eso, lo mas de lo que nos manda es sumamente fácil, y de tan poca consideracion en sí mismo, que no nos atreveriamos á negarlo á un amigo, á un pariente, á un extraño, á un hombre de autoridad; y sin embargo, falta poco para que hagamos vanidad de no concedérselo á Jesucristo.

¡Ah, Señor! ¡y como se le representará en la hora de la muerte á un cristiano, á un religioso esta negligencia habitual! ¿Qué responderé yo, divino Maestro mio, cuando me deis en cara con mi ingratitud, con mi descuido, con mi poca fidelidad en las cosas pequeñas, cuando todos los dias las espero y las recibo tan grandes de vuestra misericordia? Haced, Señor, que esta mi presente confusion me sirva para ser en adelante mas fiel, mas exacto, y mas agradecido.

JACULATORIAS. — Deseé, Señor, agradarte con todo mi corazón: no permitais que me separe jamás de vuestra divina voluntad ni en la mas mínima cosa. (*Psalm. 118.*)

Abridme, Señor, los ojos para conocer todo aquello que os agrade, y con toda el alma me dedicaré á daros gusto hasta en la menor de todas mis obligaciones. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Ninguna cosa perjudica tanto á la salvacion del alma como el descuido en cosas pequeñas: de este principio nacen las mas funestas caidas, y en esta infidelidad tiene su origen la tibieza: mal tanto mas temible, cuanto fuere menos temido. No es cosa (se suele decir) no es cosa una falta tan ligera; algun dia se sabrá de cuanta consecuencia fué esa falta. A lo mas parecia una ligereza, un poco de curiosidad volver la cabeza para ver como se abrasaba una ciudad con fuego del cielo: pues esa curiosidad costó la vida á la mujer de Lot, castigada de un modo tan extraño como visible. Despreciar las cosas pequeñas, es estar desagradando á Dios continuamente, y desobedeciéndole á todas horas en las materias mas fáciles: es negarle lo que sin dificultad se concederia á un amigo, ó á cualquiera hombre de alguna distincion: es, hablando en rigor, serle infiel todos los dias, y todo el dia. Pues examina ahora cuales son aquellas leves obligaciones de tu estado que desatiendes con mayor frecuencia: cuales las reglas que mas acostumbras quebrantar, con pretexto de que no obligan á pecado, y que son reglas de poca consideracion. Acuérdate de que no hay cosa pequeña cuando se trata de servir á Dios: todo es respetable, todo es grande, cuando su Majestad lo manda: su voluntad da un sumo valor, una suma estimacion á todo. Forma siempre un superior concepto de todas las menudencias, de todos los ejercicios espirituales, de todas las reglas, de todas las costumbres y estilos santos de la religion.

2 Si tienes ya determinado cierto método de vida; si tu director te ha arreglado ciertos ejercicios espirituales, ciertas penitencias, ciertas devociones, guárdate bien de faltar voluntariamente á ellas: en ninguna te dispenses sin justo motivo, con pretexto de parecerle menudencia. Exacta modestia de los ojos en la iglesia; constante apacibilidad dentro de casa; puntualidad inalterable en levantarte por la mañana á la misma hora; escrupulosa delicadeza de conciencia en evitar aun la mas mínima mentira oficiosa; ni una palabra que altere la caridad; exactitud en el ayuno, sin sostenerle con muletillas excusadas. Si tú mismo te has impuesto algunas reglas para tu gobierno, sé exacto en observarlas, sé rígido en castigarte su trasgresion, y nada te dejes pasar en este punto. Estas menudencias espirituales fomentan la devocion, y contribuyen maravillosamente para hacer Santos.